



<p>SE PUBLICA</p> <p><b>UN CUADERNO SEMANAL.</b></p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p>	<p><b>COLABORADORES.</b></p> <p>CASTELLAR, BARRICA, ORENSE, FI Y MARGALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, MARITTI, CALA, GORDOYA, SANCHEZ RIBU, FREDADA, ALTADILL, ZAPATA, TREXERA, ESTÉBANZ, SOLER, MERCADO, LOZANO, SANCHEZ, ANER, VALDÉS, FLORES, LAPUENTE, BINGUET, SIERRA, GOLI, PIREDO, ALMISALL, RUBAT, LONTAT, CLAVÉ, RINFA, GARRISON, ETC.</p> <p>DIRECTOR, <b>Enrique Rodríguez Solís.</b></p>	<p><b>EDITORES</b></p> <p><b>J. CASTRO Y COMPAÑIA.</b></p> <p>ADMINISTRACION: Tabernillas, núm. 9, Madrid.</p>
AÑO II.	MADRID 17 DE ABRIL DE 1872.	NÚM. 12.

### SUMARIO.

**TEXTO.**—En la laguna de San Marcos, por Emilio Castelar.—La Historia Judica, por Luis Fors.—A Roque Bárcia, por Francisco Ruiz de la Peña.—Las quintas, por José Estrafu.—Cuestiones científico-sociales (higiene del pueblo), por J. Lopez Ocaña.—Lancaster, por Javier Alvarez Lindes.—Ilustración pública, por Eusebio Aguilera.—Abajo las quintas! por Luis Hernandez y Herrero.—La monarquía: El pasado y el presente.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodriguez Solís.

**GRABADOS.**—La monarquía: El pasado y el presente.—Emilio Castelar.—Nueva fachada del tribunal de la Audiencia en el palacio de Justicia de París.

### EN LA LAGUNA DE SAN MARCOS...

(PARA «EL AMERICANO.»)

(Conclusion.)

—¡Y cuántas lágrimas, cuánta sangre costó fundar la nueva creencia! me replicó el sacerdote. El mundo se encenagó en las orgías. Aquella Roma tan fuerte dejó caer la espada del combate para empuñar la copa del festín. Las venas de la humanidad se hincharon con el canceroso vino de todas las concupiscencias. Fué preciso curar tanto mal nada ménos que por la irrupción de los bárbaros y por el destronamiento de Roma.

—Ved á dónde os lleva la implacable lógica de vuestras deducciones; á llorar la muerte del paganismo, vos, sacerdote católico. Seguramente en ningún lugar de la tierra se apena tanto el ánimo del artista, al sentir la desaparición de aquellos hermosos seres imaginados por

los poetas, y en el mármol encarnados por los escultores, como aquí, en su patria, al rumor de las olas del Adriático, bajo este cielo que todavía refleja sus miradas. Pero si al estado químico-físico del planeta corresponden los organismos, al estado moral del espíritu corresponden las religiones. El mundo sigue su vida independiente de nuestras concepciones abstractas de esa vida. Y Dios existe independientemente de las relaciones que con su sér incommunicable establece nuestro espíritu. Hoy no comprendemos el mundo como lo comprendían nuestros padres. Para ellos estaba inmóvil; para nosotros se mueve. Para ellos el sol rodaba en torno de nuestra tierra; para nosotros la tierra rueda en torno del sol. ¿Ha cambiado la naturaleza porque cambie nuestra concepción de la naturaleza? Pues tampoco cambia Dios porque cambie nuestra concepción de Dios. Lo bueno, lo verdadero, lo hermoso existen por sí é independientemente de todos los juicios que acerca de ellos se formen. Para acercarnos al ideal no hay sino aprender la verdad en la ciencia como en la conciencia, y realizar con desinterés absoluto en toda la vida el bien. Las religiones han servido para educar progresivamente á la humanidad. Sus esperanzas infinitas, sus terrores saludables despertaron al hombre del seno de la naturaleza en que dormía, para alzarle á una vida interior mucho más pura y mucho más elevada. El frágil espíritu humano obtuvo así la idea de lo infinito, y sintió así el soplo de lo divino, como creándole de nue-

vo, y, en cierto sentido, redimiéndole. Pero no hay que dudarlo. Si la religion de la naturaleza fué un progreso respecto al fetichismo, y la religion del espíritu un progreso respecto á la religion de la naturaleza, ¿por qué, por qué imaginar, por qué creer que se ha parado, ó que ha retrocedido esta permanente revelacion?

—¿Imaginais que puede llegar más allá de la revelacion católica alguna revelacion? Dios, por un acto de su voluntad, por un soplo de su aliento, crea el mundo sin mal, y sobre el mundo sin mal, el hombre sin pecado; la culpa cae del espíritu hecho libre sobre la naturaleza hecha su esclava; y destruya la creacion, y rebaja á la humanidad; nacen los hijos de los hombres sujetos al pecado, y el pecado al castigo, que crea generaciones de generaciones enfermas, cuyos cuerpos se pierden tristemente en el placer, cuyas almas se desvanecen como sombras de sombras en los abismos; hasta que el mismo Dios, conocido solo de un pueblo, desciende á rescatar las culpas de los hombres, y desde entonces los aires están llenos de ángeles custodios, los altares de santos provídos, la naturaleza regenerada por la pureza de la Virgen Madre, el espíritu iluminado por el Verbo Divino, y las esperanzas de la inmortalidad resplandeciendo más allá del sepulcro, para fortalecernos con la energia de una vida llamada á dilatarse en la eternidad.

—Libreme Dios de contradecir ningún dogma. Los respeto profundamente todos. Mas yo niego que pueda sostenerlos una autoridad externa, fuerte, coercitiva en estos tiempos de razon y de libertad. Es necesario que la fé brote espontáneamente de las almas. Es necesario que impulse á la conciencia, y la conciencia á la voluntad. Así la idea se encarnará en el espíritu, y el espíritu se encarnará en la vida; y la vida será verdaderamente religiosa, y la religion norma é ideal viviente.

—¿Y no veis realizado esto en ninguna parte?

—No. Veo al contrario que mientras la civilizacion más se inclina á la libertad, se inclinan más las sectas religiosas á la autoridad. Veo que mientras las ideas de igualdad democrática más profundamente se arraigan en la esfera social, más en la esfera dogmática se pretende divinizar absurdos privilegios, opuestos á cuanto hay de fundamental en nuestra naturaleza. Veo, bien al revés de los tiempos cristianos, en que Dios se humillaba hasta revestir la naturaleza del hombre, los hombres llamándose infalibles, que aspiran á exaltarse hasta revestir la naturaleza de Dios. Lo veo invadido todo por el egoísmo y el sentido utilitario, cuando tanto necesitamos de que el lado ideal de nuestra naturaleza, el que á los cielos mira, se despierte y se avive. Las ideas religiosas, que debían ser puramente espirituales, van volviéndose fuerzas mecánicas, y los sacerdotes que debían tener en sus manos y reflejar sobre nuestras frentes la luz de lo ideal, son hoy simples funcionarios del Estado. Veo todo esto con dolor, porque yo quisiera que en la avidez y desolacion de nuestra vida pudiéramos libar algunas gotas de rocío celeste, que refrigerase la sequedad de nuestros labios abrasados de sed por lo infinito.

—Mas la creencia necesita una definicion que la contenga y la formule; la definicion una autoridad que la imponga y la divulgue; la autoridad una personificacion que la represente. La fé no sería sin el dogma; el

dogma no se mantendría sin la definicion; la definicion sin la Iglesia; la Iglesia sin el Papa; el Papa sin el espíritu divino, que debe comunicarle su propia infalibilidad.

—¿Creeis que Dios ha escogido una persona aparte, privilegiada para comunicarle la verdad? Yo soy más creyente. Yo creo que así como ha extendido la luz por todos los orbes, ha extendido la razon por todos los espíritus. Yo creo que así como nos ha dado la propia vista para el mundo externo, y la propia vista no puede ser por ninguna autoridad ni reemplazada ni sustituida, nos ha dado la conciencia para comunicarnos con el mundo interior, y la conciencia no puede ser tampoco por ninguna autoridad sustituida ni reemplazada. Yo creo que todos vemos la luz, que todos la confesamos, y los tenebrosos de alma son tan raros y tan excepcionales como los ciegos de nacimiento. Los seres se bañan en la vida universal, los planetas y los soles en el éter, las almas en Dios. Creo más; creo que la revelacion es eterna, inmanente, progresiva de todos los siglos, teniendo por sus órganos á los filósofos y á los poetas, que han revelado una verdad, y á los mártires que por la verdad han muerto. Solo así la historia se ilumina, la vida se eleva á lo infinito, la conciencia se enrojece en la absoluta verdad, como el hierro en el fuego. Solo así nos sentimos unos con todas las generaciones y nos elevamos á la comprension de todas las ideas. Solo así traemos á nuestra alma el espíritu humano, y en el espíritu humano diluimos nuestra alma. Solo así nos elevamos á Dios, y Dios se comunica íntimamente con nosotros. Solo así podemos ser habitantes verdaderos del universo, verdaderos hijos de la divinidad, unos é idénticos en toda la sucesion de los siglos con el desarrollo progresivo del humano espíritu.

—Yo de ninguna suerte puedo conformarme con vuestras ideas. Páreceme contrarias á todas las verdades y justificativas de todos los errores. Yo creo que un solo pueblo ha conocido á Dios en el mundo antiguo, el pueblo judío, y que una sola sociedad conserva y difunde esta idea en el mundo moderno, la Iglesia católica. Fuera de estas dos grandes ráfagas de luz tendidas por el tiempo como la vía láctea por el espacio, solo descubro tinieblas y tinieblas, que no solo ciegan, sino tambien asfixian.

—Y el resto del trabajo humano, ¿se ha perdido? Y del resto de la conciencia humana, ¿se ha Dios ausentado? ¿Qué creerías de mi razon si yo os dijese: este jilguero ó esta rosa deben su vida al Creador, pero no se la deben ni este helecho ni ese murciélago? Si dividimos las cosas en divinas y no divinas, entregamos el mundo al maniqueísmo, y el diablo disputa con derecho á Dios una parte en la creacion. Si dividimos los pueblos en elegidos y réprobos, entregamos la sociedad á un poder arbitrario más temible que el destino antiguo. El ázoe, el oxígeno, el carbono, que separados matan, forman juntos el aire vital. No separeis tampoco las varias revelaciones de la verdad y del bien, porque todas juntas forman la atmósfera del humano espíritu.

Los profetas no han escrito solamente en Judea, no han bebido solamente las aguas del Jordán y del Eufrates; han escrito en la India tambien y han bebido las aguas del Ganges. A formar las ideas judías ha contri-

buido tanto el sacerdote egipcio, como el mago de Babilonia y el dualista de Persia.

La idea es como la sávia, como la sangre, como al luz, como la electricidad, como los jugos de la tierra, como los gases de la atmósfera, como los flúidos del planeta. La idea no reconoce ni naciones, ni sectas, ni iglesias; pasa de la Pagoda á la Pirámide, y de la Pirámide á la Sinagoga, y de la Sinagoga á la Basílica, y de la Basílica á la Catedral, y de la Catedral á la Universidad, y de la Universidad al Parlamento, con la rapidez del rayo, que truena, ilumina, quema y purifica.

El cristianismo ha sido preparado lo mismo en los versículos de Isaías que en los diálogos de Platon. A la revolución universal ha llevado cada raza humana su contingente. El pueblo griego creía su vida completamente original, aparte de toda otra vida humana; sus dioses puramente nacionales, domésticos; y su casta Diana había tenido templos en el Asia menor; y su Baco, que representa la exaltación, el delirio de la vida en el Universo, venía ébrio del néctar destilado por los bosques indios. Cuando el judío se aislaba al pié de sus altares y allí creía conservar su Dios, alejado de todas las tentaciones paganas, iba Alejandro á perturbar aquel monólogo triste de un pueblo, y á llevar tras su carro de guerra las divinidades griegas, tocando el címbalo y la flauta frigia, despertadoras de la alegría helénica en el seno de la triste, inmóvil y panteísta Asia. El mesianismo no era una esperanza hebráica, era una esperanza universal.

La Sibila de Cumas lo concebía en su gruta, á las orillas del sensual Tirreno, en los mismos días en que Daniel contaba con los dedos las semanas de años que faltaban para su cumplimiento. Y en el Pausilipo, á la sombra de los altos almós festoneados por las vides; á la vista de las ondas recamadas de espumas en que cantaba la sirena griega; entre las danzas báquicas; oyendo el caramillo del dios Pan y los coros de las vírgenes que trenzaban guirnaldas de flores sobre las aras humeantes de mirra; Virgilio anunciaba la redención universal, casi al mismo tiempo que el Bautista la pedía, vestido de sayal macerado con el cilicio, en el desiado seno del desierto. Atenas con sus artes, Roma con su derecho, Alejandría con su ciencia han contribuido tanto á la revelación cristiana, como Jerusalem con su Dios. No olvidéis, no, estas verdades evidentes, confirmadas por toda la historia. No seáis como el judío que se encierra en la lectura de su Biblia, é imagina que después del género humano ni una sola verdad religiosa ha podido añadir á las ideas judaicas.

El cristianismo más humano y más divino al mismo tiempo ha tomado toda la Biblia y le ha añadido el Evangelio. ¿Por qué nosotros no añadiremos al Evangelio el renacimiento, la filosofía, la revolución, que ha llevado á la esfera social estas tres palabras cristianas: libertad, igualdad, fraternidad? Leonardo de Vinci trazó Baco y trazó el Bautista en sus cuadros, que representaron la primavera del espíritu moderno. Rafael encerró en las líneas de las diosas griegas el alma efusiva y santa de las vírgenes cristianas. Miguel Angel puso los dos coros de las sibilas y de los profetas en las bóvedas de la Sixtina. El espíritu humano es uno como el universo, uno como Dios; y Dios, la naturaleza, el espí-

ritu, son la eterna Trinidad que ilumina las páginas de la historia. No nos separemos ni del espíritu, ni de la naturaleza, ni de Dios.

Estas palabras, si no arrastraron, conmovieron á mi interlocutor. Yo mismo habíame exaltado extraordinariamente al calor de mis propias ideas y no podía continuar. Así es que cogí la mano que el joven sacerdote me tendía al ver mi ademán de partirme, la apreté y dejé entregado á sus pensamientos. La noche era serena, tranquila; brillaban las estrellas en el cielo y el fósforo en las aguas; un aura primaveral refrescaba el ambiente y traía los ecos de la ciudad y del campo á los espacios celestes de la laguna, que convidaba á meditar sobre esta verdad evidente: permanece inmóvil, serena, luminosa la naturaleza sobre las disputas y las discordias de los hombres.

ENRIQUE CASTELLAR.

Madrid 20 de Marzo de 1872.

## LA HISTORIA JUDAICA.

(Continuación.)

Los tan justamente renombrados Jueces ocupan el tercer período de la historia hebrea. La nación israelita era poquísima cosa bajo el sacerdocio de Samuel, toda vez que entre los hebreos no existían ni tan siquiera herreros, teniendo que apelar á sus irreconciliables enemigos los filisteos para obtener sus hoces y las rejas de sus arados. Poseía en cambio monumentos de carácter druidico, tenía *videntes*, éminencias ó alturas sagradas y árboles frondosos dedicados al culto. Todo esto era prueba de la moliente religiosa de los israelitas, llegando á tanto su debilidad colectiva bajo el régimen de los jueces, que les impulsó á desear y darse rey.

Saul, David y Salomón llenan el quinto período de los anales judaicos, período que en la historia antigua presenta coincidencias dignas de estudio por la influencia de algunas personas é instituciones en el carácter general de ciertos pueblos y leyes. Los tres reyes citados fueron contemporáneos de Zoroastro II, profeta de Iran; de los renovadores del pacto jónico de las 12 ciudades; de Codro, rey-pontífice y legislador de Atenas; de los fundadores de la Liga Aquea; de Lokman, traductor egipcio del libro indio Hytonpadésa, ó sean fábulas atribuidas en Persia á Pilpai; y finalmente del cronista fenicio Sanchoioutan. Esta misma época ó período de tantas coincidencias célebres para las instituciones y las letras antiguas, fué también la época en que se hicieron célebres muchos oráculos; que aparecieron las Sybilas en la Grecia asiática, en que el griego Lamytas propagó sus poesías é inventó el canto dórico, y en que el filósofo Zamalxis enseñaba á tracios, getas y ribereños del Danubio los misterios de los santuarios del Egipto. También es necesario incluir en ese mismo lapso de tiempo al suegro de Homero, constructor del templo de Salomón, llamado Hiram; y tal vez, obedeciendo al rigorismo histórico, tuviéramos que incluir también á Hanuon, el célebre almirante cartaginés que tan grandes descubrimientos realizó en las costas africanas.

La sabiduría más profunda en forma de apólogos, las iniciaciones para las diversas clases de la sociedad, la

instrucción reservada para los jefes, los santuarios constituidos en sitios de estudios superiores, y finalmente diversos pueblos surgiendo a la vida social bajo constituciones impuestas por jefes pontífices y reyes, hé aquí los grandes acontecimientos de esa época notable en que el Egipto fué en Occidente el foco de la más ele-

vada sabiduría. Y como en aquel entonces los bajeles del mar Rojo comunicaban ya con la India, no tarda en llegar el día en que Plinio fije el origen de los esenios, que no eran más que sanyasas ó samancos en el seno de la Judea.

Sanl comienza la libertad de los israelitas.



LA MONARQUÍA.—EL PASADO Y EL PRESENTE.

David, cuya vida narran distintamente las crónicas hebráicas, aparece en la historia con el carácter de un jefe de cuadrilla ó bando, como muchos fundadores de imperios, y termina dando a los judíos su ciudad santa: Jerusalem. La grandeza territorial de su reino no era mayor que la superficie de dos ó tres provincias de las menos grandes de España.

Salomon, el yerno del rey de Egipto, establece sus

costumbres como un gran sultan, y mientras esto sucede arroja al mundo la idea de la unidad religiosa y de un imperio espiritual de las almas, levantando y dedicando su famoso templo de Jerusalem; construcción menos importante que nuestras catedrales de tercer orden, edificadas sin tantas pretensiones en los siglos de la Edad media.

Y si los reyes judíos corresponden a un carácter muy



pronunciado de la civilización oriental, la obra de los profetas da un acento también muy característico al movimiento social dentro del cual se efectuaba.

Isaías hablaba como un verdadero esenio, cual si fuera un budhista samaneo. Quiere que se adore á Dios en espíritu y verdad; y contradiciendo la ley de Moisés, aboga por la supresión de los sacrificios de animales.

Los profetas del cautiverio judío son evidentemente los introductores de la doctrina farisáica, tan singularmente análoga á la de los magos; y en uno de ellos, en Ezequiel, hallamos explicada la desaparición de todos los libros proféticos enemigos de la reforma del culto.

Esdras y Nehemías, los restauradores de la nacionalidad judía, abren ese importante período en que logró preponderancia la secta de los fariseos. Por más que desde el santuario de Jerusalem haya querido disimularse el movimiento filosófico circunvecino que se desbordaba entre los judíos de Egipto y de Judea, es fácil ver la huella del movimiento en todas partes. En el último siglo de la Era anterior á Cristo, los esenios tenían un profeta; aparecían los masbotheos y Simon el Mágico legaba una verdadera celebridad á su secta. Los samaritanos volvían al culto del Espíritu-Santo y de las divinidades secundarias del patriarca Laban; y más tarde el médico Philon, autor de la *Historia de Moisés*, hermanaba de tal suerte al judaísmo con el platonismo, que al leer sus escritos puede tomarse por un cristiano de Alejandría.

Tal es la serie de manifestaciones filosóficas que desde la legislación rutinaria de Moisés preparó el estado moral de los judíos, dentro del cual aparecieron las doctrinas de Jesús. La revolución moral hecha por el cristianismo no fué, pues, una sacudida brusca, sino una consecuencia lógica y un paso más adelante preparado de antemano por diversas sectas y reformadores, inspiados en máximas y creencias surgidas en el Oriente.

Y lo que del análisis anterior se desprende, es que los judíos han sido hábiles labradores, por lo cual los príncipes persas conservaron sus diez tribus; hay casi seguridad de que importaron á Babilonia una industria perfeccionada para todas las obras delicadas de cestería, ebanistería y decorado de los palacios; al comenzar la era actual sus negociantes hallábanse ya esparrados por todo el mundo, desde las Galias hasta la China; pero debemos concluir este trabajo diciendo que, aun cuando hipotéticamente concediéramos á los judíos un gran progreso material, no existe prueba alguna de sus conocimientos científicos, á pesar de su roce casi continuo con otros pueblos que relativamente podemos llamar sabios.

Luis Fons.

## Á ROQUE BÁRCIA.

Roque Bárcia, Vd. no es *escéptico*, porque tiene un criterio profundísimo y recto.

Roque Bárcia, Vd. no es *apóstata ni herético*, porque tiene usadas doctrinas inquebrantables, y convicción de la verdad y justicia de su dogma.

Roque Bárcia, Vd. no puede darse en *venalidad nefanda*, porque el sacrosanto fuego del deber abrasa su conciencia pura y llena su noble pecho de indignación contra los viles traidores.

Roque Bárcia, Vd. no puede ser *indiferente*, porque los *indiferentes* no son hombres, ni puede Vd. ser *impassible*, porque los *impassibles* no son seres.

Roque Bárcia, Vd., nuevo Sócrates, que á los tiranos arguye frente á frente, y que las amarguras de la deportación, del encarcamiento y del hambre sufren resignado, porque tiene *sed* de libertad, porque tiene *hambre* de justicia... Vd. no puede ni detenerse en el empeño apostólico, ni desviarse de tan gloriosa senda de conducta. O logra Vd. el triunfo práctico de su dogma social, ó muere Vd. apurado con entereza indeclinable y sosegado espíritu la *cicuta* preparada por los sayones.

Roque Bárcia, Vd. no se *pertenece á sí mismo*. Hasta la médula de los huesos es Vd. *demócrata federal*, Abomina Vd. el despotismo como aquel *justo* de Horacio; detesta Vd. la esclavitud; odia Vd. la sinrazón; maldice Vd. las ambiciones, y no puede menos de luchar contra la falange de impíos, contaminados de tan abominables afectos, y que con todos ellos cínicamente trafrican.

Y ese su *cerebro*, lleno de luz, y esa su *conciencia*, tesoro de todas las verdades; y ese su *corazón*, archivo de todos los afectos santos y heroicos... no pueden... ¡ni podrán jamás! suscribir á una deserción por *desengaños recibidos*, ni menoscabar su actividad protectora bajo la impresión (haladi para Vd.) de *calumniosas habillitas*.

Como no puede Vd. dejar de pertenecer *todo entero* á su hijo, no puede Vd. prescindir de pertenecer *todo entero* al partido que ha de redimir de iniquidades á la patria, quizá á la humanidad. Y entre *hijo*, patria y humanidad, si estas no valen más, las tres valen lo mismo.

Hará Vd. lo del niño, porque los años avanzados ya, y ¡el tanto sufrir! niño en algo le han vuelto; hará Vd. lo que los púrvulos, que en un momento de inconsiderado despecho arrojan furiosos lo que instantes después vuelven á recoger con avidez mayor y más depurado afecto.

Roque Bárcia, Vd. será *tribuno*, Vd. será *propagandista*, Vd. será lo que el partido en fervientes votos desea; y lo que su razón le dicta; lo que su *conciencia* le persuade; lo que su *corazón* le ordena; Vd. será ¡hasta morir! republicano creyente y activo, porque Dios lo quiere, porque Vd. no puede menos de serlo, y usted nos ha enseñado á discurrir así de los buenos.

Nunca el Cristo insistía más que cuando más le *calumniaba* la maldad y más le *vendían los propios*, y los tiranos más se le *ensañaban*.

La calumnia, el desengaño y la persecución, lejos de desalentar á las almas grandes, las estimulan en mucho, y hasta el sublime aquilatan su grandeza.

A los *héroes* no se les puede suplicar sin ofenderlos.

El que de nosotros *ruegue* á Vd. que vuelva á un campo del que *jamás* desertó, pondrá en tela de juicio su *realidad* inquebrantable, y esa duda es calumniosa.

Así lo cree su correligionario y admirador entusiasta,

FRANCISCO RUIZ DE LA PEÑA.

Cuenca y Abril de 1872.

## LAS QUINTAS.

Ley que convierte al hombre en instrumento y en lágrimas y sangre se cimenta;  
ley que el derecho natural alienta  
y el triunfo premia cuanto más sangriento.

Ley que arranca del alma hondo lamento y el instinto feroz tan solo alienta;  
ley injusta y fatal que representa  
la fuerza dominando al sentimiento.

Ley que goza en el ¡ay! del moribundo;  
ley que injusticia y despotismo entaña;  
ley que siembra doquier terror profundo,

desvece de los buenos justa sala;  
que no habrá un pueblo libre sobre el mundo  
mientras el crimen pase por hazaña.

JOSÉ ESTRADA.

## CUESTIONES CIENTIFICO-SOCIALES.

## HIGIENE DEL PUEBLO.

## I.

No otro móvil que el de vulgarizar los preceptos higiénicos pone hoy la pluma en nuestras manos.

Si es cierto que la verdad se propaga con lentitud, y que para adquirir la sanción del tiempo es preciso perseverar incesantemente en presentarla, aquellos de nuestros compañeros que lean estas despergeñadas líneas disculparán, de seguro, nuestra arrogancia, reconociendo al propio tiempo cuán árdua y difícil es la tarea que pesa sobre nosotros.

A falta de títulos bastantes para dotar al pueblo de un opúsculo de higiene, cuya necesaria utilidad somos los primeros en conocer, venimos al palenque de las ideas con una voluntad inquebrantable, con una paciencia proverbial.

Apenas podremos decir algo nuevo, porque las obras de nuestros higienistas están plagadas, por decirlo así, de verdades inconcusas, de dogmas científicos: de forma que en el desarrollo de nuestro plan solo nos pertenecen los defectos, que, en este como en todos nuestros trabajos, no podrán menos de sobresalir.

Estudie, no obstante, la clase poco acomodada esta especie de formulario que la ofrecemos, y á buen seguro que obtiene inmensos beneficios y nos dispensa su beneplácito, únicas satisfacciones que esperamos recibir para no desmayar en nuestra empresa.

## II.

La higiene, voz derivada de la griega *Higien*, que significa *salud*, es en su más lata acepción el arte de conservar la salud.

Entendemos por salud el ejercicio libre, perfecto y ordenado de los órganos que componen el cuerpo humano.

Tanto llamaba la atención de los antiguos la conservación del don más precioso que el hombre recibiera de su Creador, que así el médico como el filósofo y el legislador, se creían obligados á dar á los pueblos sabios y numerosos preceptos higiénicos con el fin de proteger su salud, de continuo amenazada por infinitos accidentes.

C. Junio Bubuleo la edificó y dedicó un templo cerca del monte Quirinal, y anteriormente los griegos y romanos profesaban á la higiene una verdadera idolatría, llegando hasta el punto de establecer fiestas en honor de la salud.

Hoy que se abriga la general pretensión de que todo está hecho; hoy que los gobiernos en su miopía apenas ven otra cosa que lo que pasa á su alrededor; hoy, en fin, que se piensa no más que en hacer política de pacotilla, política rastrera, nadie se cuida del desheredado de la fábrica, del esclavo del campo, y de aquí que la *redención social* de los trabajadores sea una paradoja, y un sarcasmo la cacareada *emancipación* de semejante clase. La sociedad es actualmente un laberinto: nadie se sacrifica por nadie: y si los médicos se atreven á llamar

la atención de las autoridades recordándolas que la higiene aspira á perfeccionar la naturaleza humana general, según la feliz expresión de Cabanis, no tardan en mirar cercenados sus derechos é involucrados sus aspiraciones en una orden inoportuna sancionada por los poderes constituidos.

Y que no exageramos poniendo en parangón las tendencias de las sociedades antiguas y modernas, lo dice el hecho de que mientras en el período romano y griego se divinizaba á la higiene eriéndola templos y representándola ya como una niña joven y robusta, ó ya como una matrona sentada en su trono, hoy se ven al frente de los hospitales y encargados del importante ramo de beneficencia y sanidad personas profanas á la ciencia, y sin más trabajos en pro de ella que una credencial de diputado tal vez ilegítima, ó cuando menos de dudosa procedencia.

Sin embargo de este *punto negro*, de este borron que pesa sobre la generación actual como *losa de plomo*, nosotros llevamos nuestra jactancia hasta el extremo de decir que nuestro siglo es el de los adelantados, el de la luz, no llegando á declararnos perfectos por miedo á que se levanten de sus tumbas en contra nuestra los innumerables séres, sacrificados á la ignorancia de nuestros gobernantes, que yacen olvidados en estrechas fosas.

Seános permitido deplorar aquí que los municipios populares, que los hombres que deben sus lucrativas posiciones al sufragio del pueblo, no tengan para este una mirada de compasión, ya que no de cariño, y en vez de pedir que los médicos sean directores científicos así de los hospitales y establecimientos benéficos como de las fábricas, creando una clase de médicos-higienistas que podría dar miembros á los jurados y que debería reglamentarse en forma, sepan exclusivamente asegurarse una posición y por ende una fortuna aun á trueque de romper de un modo solemne los compromisos contraídos con sus poderdantes.

Por este lamentable abandono, por este sensible extravío; tendremos ocasión de ver en el trascurso de nuestros artículos cuán exorbitante es la cifra de las víctimas del trabajo en sus diversas manifestaciones, cifra que veríamos decrecer rápidamente, si uno ó más médicos se encargaran de la dirección científica de cada fábrica, removiendo los obstáculos que se oponen á la salud de los obreros, y arreglando á los principios de tan humanitaria ciencia los agentes modificadores de su naturaleza.

Dichas estas palabras por vía de digresión, pasemos á dividir la higiene.

## III.

Tanto para simplificar el estudio de esta importante rama de la medicina, cuanto para establecer el mayor número posible de reglas, ó lo que es igual, para clasificarla, háse dividido la higiene en *pública* y *privada*, según estudia la colectividad ó la individualidad, y trata de las leyes, costumbres y policía de una ú otra.

Además de esta división general, tenemos nosotros necesidad de establecer una nueva, ó mejor todavía, una subdivisión, para llenar de un modo más satisfac-

torio el objeto que nos hemos propuesto al dar á la imprenta este desalinado epítome.

Nosotros, pues, consideraremos subdividida la higiene pública en *especial*, de una determinada clase, y la privada en *particular*, del individuo perteneciente á ella.

Fundamos esta subdivision en que: 1.ª, la índole especial de nuestro trabajo la reclama desde luego; 2.ª, en que, dictando leyes para precaver las enfermedades general ó particularmente, descuidaríamos por necesidad todo lo que respecta á la clase trabajadora, y 3.ª, en que cada uno de los hombres dedicados al cultivo de un oficio ó industria necesita, en nuestro concepto, además de preceptos generales, otros singulares, aplicables solo á su entidad.

No por esto habremos de hacer abstraccion de la higiene pública y privada en el curso de nuestras consideraciones, porque, obrando así, cometeríamos un delito de lesa ciencia, y no podríamos ampliar cuanto los autores han dejado por decir acerca de tan precioso arte.

Nos extenderemos, sí, en todos aquellos puntos que juzguemos lo merecen, pero en cambio seremos gráficos, sintéticos, en cuantas cuestiones reconocamos escasa utilidad.

J. LOPEZ OCAÑA.

(Se continuará.)

## LANCASTER.

Hé aquí un nombre que nunca sale de nuestros labios sino con el más profundo respeto.

¿Quién fué Lancaster? Fué un mártir: fué un hombre que sacrificó su existencia á una idea bienhechora: fué uno de los verdaderos santos de la humanidad.

Si en todas épocas ha habido hombres egoístas de corazón pérfido, que han trabajado por sostener los males que en la sociedad existen, porque así convenia á sus criminales propósitos, no han faltado tambien almas nobles y generosas, que, caminando en pos de un pensamiento sublime, han pasado sobre la tierra con la hiel en el corazón y la sonrisa en los labios, constantes y decididos en su obra bienhechora: tal fué Lancaster.

Era niño aun cuando empezó á manifestarse en él un deseo vehementísimo por el bien de sus semejantes. Conmoviase extraordinariamente al observar los sufrimientos de esa parte de la sociedad que, desheredada de la fortuna, no tiene esperanzas más que en la compasión de sus hermanos, ni otro porvenir que el inseguro del trabajo explotado.

De esta observacion brotó un pensamiento: hallar al joven medio de aliviar un tanto la suerte de las clases menesterosas.

Pensó desde luego en la instruccion, haciéndose el siguiente razonamiento:

—La instruccion no es el todo para la vida, pero es el camino para adquirirla: la riqueza intelectual no da la riqueza material, pero ayuda á conseguirla. Por otra parte, es necesario que las inteligencias se desarrollen y vivan, y no yazzan en el afrentoso estado de la ignorancia, que cuando la ilustracion cunda y el error se haya desvanecido entonces se recogerán los frutos.

Este pensamiento, pues, le halagó, lo meditó detenidamente y fué aceptado; pero una dificultad vino á oponérsele.

Carecía completamente de recursos materiales con que llevar á cabo su proyecto.

Pero cuando se tiene fe en una idea, no hay obstáculos, por insuperables que parezcan, que no se puedan destruir.

Aquel hombre de voluntad inflexible luchó contra todos los inconvenientes hasta conseguir su propósito.

En efecto, José Lancaster, nacido en Lóndres el 25 de Noviembre de 1778, no tenia aun 20 años cuando se encontraba dirigiendo una escuela elemental de niños, fundamento de la que más tarde llegó á ser el asombro de los que la conocieron por los resultados de la enseñanza, debidos al sistema completamente nuevo que habia planteado.

Conocedor Lancaster de las necesidades del pueblo, consideró que no bastaba la gratuidad de la enseñanza, y que era necesario llevar la economía al último grado posible.

Pero ¿cómo conciliar la escasez, casi la miseria, con los procedimientos de la enseñanza?

Hé aquí lo que á Lancaster valió el lugar glorioso que la posteridad le ha concedido entre los bienhechores de la humanidad.

¿Qué iba á hacer aquel maestro en medio de una multitud de discípulos tan pobres los unos como el otro, sin poder darles libros, ni tinta, ni plumas, ni papel, ni ninguno de los útiles necesarios en la enseñanza elemental? Y sobre todo, ¿cómo habia de gobernar una escuela tan numerosa, que llegó á contar trescientos niños en 1800, y mil en 1805, cuando no podia pagar algunos auxiliares con quienes compartir el trabajo?

Lancaster no desmayó. Aquel infatigable maestro, dice un autor, ahorró libros pegando las hojas en la pared como nuestros modernos carteles; ahorró tinta, pluma y papel, escribiendo en arena y en pizarra; ahorró, en fin, auxiliares, confiando á los niños más adelantados la instruccion de los demás.

Sobre este último punto vamos á permitirnos una observacion.

Los detractores de Lancaster, que tambien los tuvo como todo hombre que vale, pretenden que no le pertenecía el sistema mútuo, y se fundan en que por aquel tiempo ya se habia publicado el libro de Mr. Bell.

Por otra parte, sus partidarios afirman que sin haber leído aquel libro Lancaster imaginó la enseñanza mútua, y de él fué de quien la tomaron todos los que llegaron á tener noticias de sus ventajosos resultados.

Nosotros no dudamos en concederle la gloria que los primeros intentan quitarle; bastaria á decidírnos la sola consideracion de la proteccion y apoyo que llegaron á prestarle Jorge III y toda la familia real, ya que olvidásemos el entusiasmo con que él mismo hablaba de su sistema.

De todas maneras, Lancaster vió realizado su proyecto; sus esfuerzos fueron coronados por el éxito más feliz, y recrearse en su obra componia toda su felicidad.

Pero ¡ah! Como el cielo azul y límpido se cubre de repente de negras y tormentosas nubes; como el mar tranquilo y bonancible pierde su calma y se agita y en-

crespa; como el suave céfiro de la tarde se precipita y se desencadena, convirtiéndose en furioso vendabal, así la pacífica existencia de Lancaster se tornó en vida de sufrimientos y desventuras.

Los golpes de la adversidad son rudos. Cuando se sufren en época avanzada de la vida, aquellos golpes matan prematuramente.

Esto sucedió en Lancaster.

El clero anglicano le hizo la guerra, y las armas de que se valió fueron de mala ley.

Lancaster había contraído deudas para atender a las necesidades de la enseñanza, confiado en la protección que muchas personas le dispensaban. Los acreedores, secretamente impulsados, se mostraron rigurosos, y como las leyes de Inglaterra son exigentes contra los deudores, el desventurado se vió en la precisión de huir a América.

Allí, en medio de su inmensa desgracia, solo tuvo un consuelo: el ver su sistema establecido en casi todos los Estados de la Union.

Por último, reducido á la más espantosa miseria, olvidado de la sociedad y aniquilado por los sufrimientos, abandonó para siempre una vida que ya le era insostenible.

Más de una vez nos hemos preguntado al estudiar estos hechos, si será cierto que la virtud y el génio han de tener generalmente por inmediata recompensa el desprecio, la persecucion y el martirio.

Así parece, replica un escritor, cuando observamos que Sócrates murió en una prision por haber dicho que no había más que un Dios; que Cristo espiró en una cruz por haber dicho que los hombres eran hermanos; que Cristóbal Colon fué traído cargado de cadenas de aquel mundo que acababa de descubrir á fuerza de génio y de dolores; que Galileo expió en los calabozos de la Inquisicion el crimen de haber descubierto las leyes del movimiento; que Keppler murió de hambre por haber descubierto las leyes de la armonía celeste; que Fourier murió pobre, desconocido y despreciado por haber descubierto las leyes de la armonía social.

Y es que, como hemos dicho al principio, en todas épocas han existido corazones ruines y despreciables, cuya sola mision ha sido oponerse á todo lo que es bueno, verdadero y justo.

¡Pobres pígnos, que intentaban con sus esfuerzos detener la marcha de la humanidad!

JAVIER ALVAREZ LINDE.

## ILUSTRACION PUBLICA.

### V.

(Conclusión.)

Expuestos, si bien á grandes rasgos, porque los estrechos límites de una revista no permiten hacerlo de otro modo, el espíritu, el carácter y los límites de la ilustración pública, voy á dar fin á mi tarea, explicando, aun que no tan minuciosamente como quisiera, la organización que debe darse á un ramo tan importante como es el de que venimos tratando.

Sea á causa del retraso en que España se halla relati-

vamente á otras potencias, sea porque, debido á la presión en que se ha encontrado hasta ahora nuestra inteligencia, merced á instituciones de triste memoria, no sabemos caminar por otra vía que por la del empirismo, la verdad es que la organización actual de la instrucción pública, así en nuestro país como en los demás, pero especialmente en el nuestro, se resiente de una marcha anti-natural que, por lo mismo, no puede producir los satisfactorios resultados que fueran de desear, y que todos, sin excepcion alguna, debemos apeteer.

Desde la enseñanza primaria hasta la profesional adolecen de un gran defecto, cual es el de la falta de profundidad en unas asignaturas y abundancia en otras, teniendo en cuenta el objeto que se propone el discípulo. No siendo fácil hacer omnisic y profundo á la vez á individuo alguno, por relevantes dotes que tenga, creo que lo mejor sería que cada uno se dedicara á aquella profesion, arte ú oficio á que, por su vocacion y talento especiales, Nature le designara. Este sería el medio de que en cada una de las distintas ocupaciones del hombre hubiese eminencias llamadas á descubrir con profusion y prontitud, en beneficio de toda la humanidad, los admirables secretos que se encierran en los arcanos de la naturaleza, medio que los gobiernos no deberán olvidar jamás, á fin de estudiar la manera de conseguirlo. Hacer lo que ahora se hace, ya en algunas escuelas de primera enseñanza, ya en los Institutos de segunda, ya en las Universidades, aglomerando en la mente de los alumnos asignaturas, muchas de las cuales tienen muy poca relacion con el trabajo á que aquellos tratan de dedicarse, es caminar á ciegas, es perder un tiempo precioso inútilmente. Fuera de la enseñanza primaria, en la cual debiera generalizarse la ciencia, con bastante fundamento en ciertas asignaturas y muy someramente en las demás, á fin de que los niños, sin aprender ningun arte ni oficio, ninguna carrera, tuviesen conocimiento y principios de todas ellas, los estudios debieran hacerse, para una carrera cualquiera, en escuelas especiales, á fin de que aquellos pudieran verificarse con solidez y con eficacia. Los Institutos y Universidades, tal cual hoy se hallan organizados, hacen perder un gran capital y un tiempo inapreciable, que, aprovechados como corresponde, habian de rendir óptimos frutos. Despues de las escuelas de primera enseñanza, el hombre debiera penetrar en el especial objeto de sus miras ulteriores. Maestros y discípulos obtendrian en tal caso ventajas incalculables, tanto por lo que respecta á la ciencia, como á los intereses pecuniarios.

Por último, diremos que, siendo la ilustración la panacea de los males que por do quiera nos aquejan, y siendo la edad del adulto la más á propósito para ingerir aquella en su corazon de un modo indeleble, dedúcese, como corolario inmediato, la importantísima necesidad de propagar las escuelas de adultos, en donde estos, durante ciertas horas del día, conciliadas con las del trabajo, puedan perfeccionarse en lo que de niños aprendieran, puedan instruirse más y más, toda vez que debiera extenderse su enseñanza á las artes y oficios, en la ocupacion que hubieran abrazado ya; y puedan sobre todo empaparse, con notable beneficio suyo y

de la sociedad, en las ideas más sanas de moral, para que de este modo puedan, por último, emanciparse de la esclavitud del capital monopolizado, y administrar dignamente sus propios intereses, los del pueblo, los de la provincia y los de la nación, en el día no lejano en que sea una verdad real el gobierno *del pueblo por y para el pueblo*, etapa política á que aspira toda inteligencia que ha estudiado en el santuario de la justicia, de la generosidad y de la filantropía, toda criatura humana que lleva grabadas en su pecho aquellas sublímimas palabras del Nazareno: «*todos somos hermanos*,» y «*¡AMAOS UNOS Á LOS OTROS!*.»—EUSEBIO AGUILERA.

### ¡ABAJO LAS QUINTAS!

I.  
Hora es ya de que vuelva á repetirse este grito de indignación al mismo tiempo que una protesta viva contra los hombres apóstatas que nos gobiernan, y contra todos aquellos aduladores é hipócritas que llamándose liberales y hasta republicanos, nos prometieron la abolición de ese odioso tributo al consumir el *pronunciamiento* de Setiembre.

Hora es ya de que exijamos á esos far-santes políticos por el medio que creemos más eficaz, la abolición de las quintas que nos prometieron, en vista de que se rien de los infinitos medios empleados pacíficamente para conseguir la libertad de la juventud española.

Hora es ya, repetimos, de que nosotros los que cumplimos 20 años y nos encontramos próximos á ser esclavos, despertemos del terrible letargo en que hemos estado sumidos tanto tiempo sin hacer uso de nuestros derechos y de nuestras fuerzas, y nos opongamos á semejantes arbitrariedades.

Hora es ya también de que demos el grito de ¡abajo las quintas! para salvarnos y salvar á cuantos infelices puedan venir á este mundo sometidos á tan injusta ley.

Si la hora ha sonado, no nos detengamos un segundo en llevar á cabo nuestro propósito, en la seguridad de que ha de tener un resultado satisfactorio, pues quien pelea con la verdad y la justicia consigue derribar hasta los muros más fuertes.

Aprovechemos el poco tiempo que nos falta para evitar que nos lleven á ser defensores de monarquías extranjeras, vergüenza y baldon de nuestra querida España.

Evitemos que nos roben del seno de nuestras queridas madres, aunque para conseguirlo tenga que correr la sangre de nuestras venas.

No nos dejemos llevar ni por leyes ni por nadie que quiera nuestra desgracia y la de nuestra patria querida.

Pensad que hemos venido á este mundo para ser provechosos con nuestros trabajos á las artes, la ciencia y la industria, y no para embrutecernos en las horribles *cuadras* de un cuartel.

Pensemos todos en nuestras queridísimas madres, esos seres que adoramos y de quienes somos el más firme apoyo, ya que no el único sosten.

Recordemos los desvelos y padecimientos que han sufrido, sufren y sufrirán hasta hacernos hombres, y vereis cómo nos dan fuerzas para resistir el furioso huracán que quiere destruir la hermosa faz de nuestra juventud y de nuestra libertad.

Y también vosotros, desgraciadas madres, es necesario que lucheis y que seáis sobreponeros y adquirir fuerzas para repeler al intruso que quiere turbar vuestra felicidad.

Pensad, desdichadas madres, que cuando el hijo querido os puede pagar

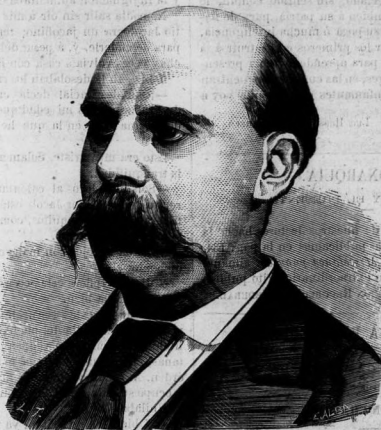
los sacrificios inmensos que por él habéis hecho, es cuando tiene que dejaros, porque todavía existen las quintas!

Así, pues, madres carísimas, animad á vuestros hijos y ayudadlos para que nunca se separen de vuestro seno.

### II.

Detengámonos un momento en examinar si es ó no justa nuestra indignación, nuestras quejas, y hasta nuestra alarma; en ver si son ó no las quintas necesarias, y después oremos como el caso requiera.

No es necesario esforzarse ni detenerse tampoco mucho tiempo á examinar leyes que todos odiamos por lo poco provechosas que son á la sociedad; así es que me



EMILIO CASTELAR.

propongo ser breve para no molestar á mis lectores.  
¿Hay necesidad de mantener un ejército de cien mil hombres?

Ninguna absolutamente; pues ejércitos tan numerosos agotan cuantas riquezas puedan existir en las cajas del Tesoro.

Entonces ¿por qué se echan quintas todos los años para completar las bajas?

Porque en España hay una monarquía que no subsistiría ya si no fuera por las bayonetas.

¿Tenemos alguna necesidad de esta monarquía?

Ninguna absolutamente, pues con su existencia y con su sueldo arruina la nación y es la causa de continuos disgustos y sangrientas luchas.

Las primeras, después que hacen al hombre, además de esclavo, un sér despreciado, sin sentido comun, le hacen que perjudique también á su patria, pues de nada le sirven los brazos si su poca ó mucha inteligencia, como no sea para emplear los primeros en destruir á la humanidad y la segunda para aprender y tener presentes las ordenanzas militares, en las cuales se encuentran artículos tan horribles é infamantes como el que voy á transcribir.

(Se continuará.)

LUIS HERNANDEZ Y HERRERO.

## LA MONARQUÍA.

### EL PASADO Y EL PRESENTE.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la lámina que con este título publicamos en la pág. 134, y que pertenece á nuestra *Miscelánea popular*, almanaque para 1872, que con tan extraordinario éxito publica la empresa de LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL.

## LA CANTINERA REPUBLICANA.

### ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1795.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación)

El mauser venia todas las noches á vernos y nos decía: —¡Bah! todo eso no es nada; el doctor habrá querido recomendar á la señora Teresa; no podía dejarla partir con los prusianos; esto sería contrario al buen sentido; habrá pedido audiencia al feld-mariscal Brunswick para que le permita entrar en el hospital de Kaiserslautern... Todos estos pasos exigen tiempo... Tranquilizaos, ya volverá.

Estas palabras nos tranquilizaban algo, porque el mauser parecía muy tranquilo.

Desgraciadamente el guardia forestal del Rödiger, que vivía en los bosques, cerca del camino de Pirmasens, donde estaban entonces los franceses, vino á traer un parte á la alcaldía de Anstatt, y habiéndose detenido algunos momentos en la posada de Spick, dijo que el doctor Jacob había pasado tres días antes, á las ocho de la mañana, por delante de la casa del guarda, detenién-

dose un momento con la señora Teresa, para calentarse bebiendo un vaso de vino. También dijo que mi tío parecía muy alegre y que llevaba dos pistolas en los bolsillos del capote.

Entonces corrió el rumor de que el doctor Jacob, en vez de ir á Kaiserslautern, había llevado la prisionera á los republicanos, produciendo esto grande escándalo; Richter y Spick gritaban por todas partes que debían fusilarle, que aquello era una abominación, y que era preciso confiscarle los bienes.

El mauser y Koffel contestaban que sin duda había equivocado el camino á causa de la mucha nieve; que había tomado á la izquierda en la montaña en vez de hacerlo á la derecha; pero todos sabían que mi tío Jacob conocía el país mejor que el contrabandista más viejo, y la indignación aumentaba de día en día.

No podía salir sin oír á mis compañeros decir que mi tío Jacob era un Jacobino; tenía que pelear con ellos para defenderle, y, á pesar del auxilio de Escipion, muchas veces volvía á casa con la nariz amoratada.

A Lisbeth la desolaban los rumores de confiscación.

—¡Qué desgracia! decía cruzando las manos. ¡Qué desgracia tener á mi edad que recoger la ropa y abandonar una casa en la que he pasado la mitad de mi vida!

Esto era muy triste. Solamente el mauser conservaba la tranquilidad.

—Sois unos locos al calentaros los cascos, decía; os repito que el doctor Jacob está bueno y que nada confiscarán. Vivid tranquilos, comed bien, dormid mejor, y yo respondo del resto.

Guiñaba los ojos con malignidad, y siempre concluía diciendo:

—Mi libro refiere estas cosas... Ahora van á realizarse y todo marcha bien.

A pesar de estas seguridades, todo iba de mal en peor, y la gentualla del pueblo, excitada por el tunante Richter, comenzaba á venir á gritar bajo nuestras ventanas, cuando una mañana todo entró súbitamente en orden. Al oscurecer llegó el mauser con risueño rostro y ocupó su silla como de costumbre, diciendo á Lisbeth que hilaba:

—¡Y bien! Ya no gritan, ya no quieren confiscarnos, ya están tranquilos, ¡jé! ¡jé! ¡jé!

Nada más dijo, pero aquella noche oímos pasar multitud de carruajes y masas de gente por la calle; aquello era peor que la invasión de los republicanos, porque nadie se detenía, sino que marchaban... marchaban sin descanso.

No pude dormir un momento; Escipion gruñía á cada instante. Al amanecer miré por la vidriera y vi todavía una docena de carros grandes, cargados de heridos, alojarse dando saltos en los baches. Los heridos eran prusianos. En seguida llegaron dos ó tres cañones, después un pelotón de húsares, coraceros y dragones mezclados en gran desorden; más tarde algunos ginetes desmontados, con el maletín al hombro y cubiertos de barro hasta el cuello. Todos parecían apresurados y no se detenían ni entraban en las casas, caminando cual si les persiguiese el diablo.

Los vecinos, parados en los portales, miraban aquello con ojos sombríos.



Por el lado del Birkenwald se veían filas de carruajes, cajas, caballería e infantería, línea que se prolongaba hasta más allá del bosque.

Era el ejército del feld-mariscal Brunswick en retirada, después de la batalla de Froschwiller, como supimos más tarde; en una sola noche había atravesado el pueblo. Esto ocurría del 28 al 29 de Diciembre, y si lo recuerdo con tanta exactitud es porque a la mañana siguiente, muy temprano, vinieron muy contentos el mauser y Koffel con una carta de mi tío Jacob, que nos enseñó el mauser al entrar, diciendo:

—¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Esto va bien...! ¡Esto va bien! Comienza el reinado de la igualdad y la justicia... ¡escuchad!

Sentóse delante de la mesa, apoyando los codos en ella. Yo estaba á su espalda y leía por encima de su hombro. Lisbeth, muy pálida, escuchaba detrás, y Koffel, apoyado en el armario, sonreía acariciándose la barba. Ya habían leído ellos dos ó tres veces la carta y el mauser casi la sabía de memoria.

Así, pues, leyó rápidamente lo que sigue, deteniéndose á veces para mirarnos entusiasmado:

Wisemburgo, 8 Nivoso, año II de la República francesa.

«A los ciudadanos mauser y Koffel, á la ciudadana Lisbeth y al ciudadano Fritz, salud y fraternidad.

»La ciudadana Teresa y yo os deseamos salud, concordia y prosperidad.

»Os escribimos desde las líneas de Wisemburgo en medio de los triunfos de la guerra: hemos arrojado de Froschwiller á los prusianos y hemos caído como el rayo sobre los austríacos en Geisberg.

»El orgullo y la presunción reciben así su recompensa; cuando las gentes no atienden á buenas razones, hay que dárseles mejores; pero es terrible llegar á tales extremos, ¡sí, terrible!

»Hace mucho tiempo, queridos amigos, que deploraba en mi interior la ceguera de los que dirigen los destinos de la vieja Alemania, censurando su injusticia y egoísmo: preguntábame si mi deber de hombre honrado no me mandaba romper con esos seres orgullosos y adoptar los principios de justicia, igualdad y fraternidad proclamados por la Revolución francesa. Esto me producía gran turbación, porque el hombre no se desprende fácilmente de las ideas que recibió de su padre, y estas revoluciones interiores no se verifican sin grandes sacudimientos. Aun dudaba, cuando los prusianos, violando el derecho de gentes, reclamaron la desgraciada prisionera que había recogido, y no pude soportar la injusticia: en vez de llevar á la señora Teresa á Kaiserslautern, resolví conducirla á Pirmasens, lo cual he conseguido con el auxilio de Dios.

»A las tres de la tarde llegamos delante de las avanzadas, y cuando la señora Teresa miraba, oyó el tambor y exclamó: «¡Son los franceses, señor doctor, me habéis engañado!» Abrazóme llorando, y yo lloré también, tal era mi emoción.

»En todo el camino, desde *Trois-Maisons* hasta la plaza del Temple-Neuf, gritaban los soldados: «¡Aquí está la ciudadana Teresa!» Seguíamos, y cuando bajamos del trineo, muchos nos abrazaron con verdadera

efusión; otros me estrechaban las manos y me colmaban de felicitaciones.

»No os hablaré, queridos amigos, del encuentro de la señora Teresa y Juanito; estas cosas no se pueden describir. Todos los veteranos del batallón, hasta el comandante Duchéne, que no es muy tierno, volvían la cabeza para ocultar sus lágrimas: era un espectáculo cual jamás he visto. Juanito es un muchacho animoso; se parece mucho á mi querido Fritz, por eso le quiero bastante.

»Este mismo día ocurrieron acontecimientos extraordinarios en Pirmasens. Los republicanos acampaban en torno de la ciudad; el general Hoche anunció que se iban á tomar cuarteles de invierno y que era preciso construir barracones. Pero los soldados resistieron á esto, porque querían alojarse en las casas. Entonces manifestó el general que los que se negasen á este servicio no marcharían al combate. Yo mismo oí la proclama que se leyó á todas las compañías, y vi al general Hoche obligado á perdonar á los soldados delante del palacio del príncipe, porque estaban en la mayor desesperación.

»Habiendo sabido el general que un médico de Anstatt había traído á la ciudadana Teresa al primer batallón de la segunda brigada, recibí orden á las ocho de ir á la *Orangerie*. Allí estaba Hoche sentado delante de una mesa de pino, vestido con un simple *hauptmann*, con otros dos ciudadanos que me dijeron ser los convencionales Lacoste y Baudot, altos y delgados, que me miraban con prevención. El general salió á recibirme: es moreno, con ojos amarillentos, y lleva el cabello partido en la frente; paróse delante de mí y me miró durante dos segundos. Pensando yo que aquel joven mandaba el ejército del Mosela, estaba turbado; pero de pronto me tendió la mano, diciendo: «Doctor Wagner, os doy gracias por lo que habéis hecho por la ciudadana Teresa; sois hombre honrado.»

»En seguida me llevó á la mesa, donde estaba desplegado un mapa, y me pidió algunos datos sobre el país de un modo tan claro, que parecía conocer las cosas mucho mejor que yo. Contestaba con sencillez y los otros dos me escuchaban en silencio. Al fin me dijo el general: «Doctor Wagner, no puedo proponeros que sirvais en los ejércitos de la República, porque se opone á ello vuestra nacionalidad; pero el primer batallón de la segunda brigada acaba de perder su cirujano mayor, el servicio de nuestras ambulancias está incompleto aun, solamente tenemos jóvenes para socorrer á los heridos; os confío el puesto de honor: la humanidad no tiene patria. Hé aquí vuestro nombramiento.» Escribió algunas palabras, y volviendo á estrecharme la mano, me dijo: «Doctor, creed en mi aprecio.» En seguida salí.

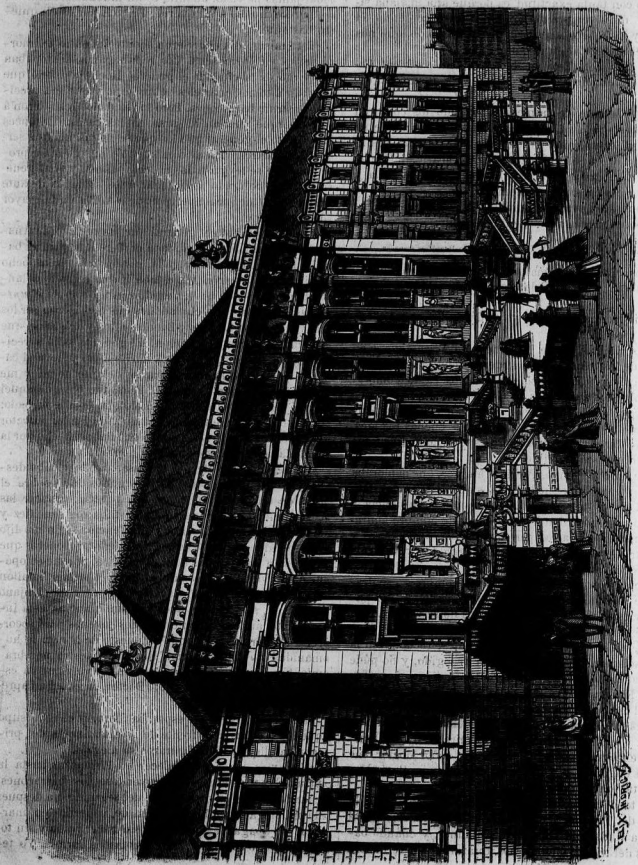
»La señora Teresa me esperaba fuera, y cuando supo que iba á estar yo al frente de la ambulancia del primer batallón, pude figuraros su alegría.

»Creíamos todos permanecer en Pirmasens hasta la primavera; estaban construyéndose los barracones, cuando á las diez de la noche del segundo día después de mi llegada recibimos orden de ponernos en marcha, sin apagar las hogueras, sin hacer ruido y sin tocar cajas ni cornetas. Todo Pirmasens dormía. Yo te-

»nia dos caballos, montando uno y llevando otro de la  
»brida, y caminaba entre los oficiales cerca del coman-  
»dante Duchéne.

»Partimos, unos á caballo y otros á pié, llevando en-  
»tre nosotros los cañones y cajas de artillería, flanquea-  
»dos por la caballería y sin luna ni nada para guiarnos.

»Solamente de tiempo en tiempo, algun ginete nos de-  
»scia al volver un recodo: ¡por aquí...! ¡por allá...! A las  
»once salió la luna; estábamos en plena montaña: todas  
»las cumbres estaban cubiertas de nieve. Los soldados  
»de infantería, con el fusil al hombro, corrían para ca-  
»alentarse; dos ó tres veces tuve que apearme para hacer



NUEVA FACHADA DEL TRIBUNAL DE LA AUDIENCIA EN EL PALACIO DE JUSTICIA EN PARIS.

«lo mismo. La señora Teresa, en su carro cubierto de lona impermeable, me daba la cantimplora y siempre acudían los capitanes dispuestos á recibirla después de mí; más de un soldado recibía también su traguito.

«Avanzábamos sin detenernos, de modo que á las seis, cuando los pálidos rayos del sol comenzaron á iluminar el cielo, estábamos en Lembach, bajo las pendientes cubiertas del bosque de Steinfelz, á tres cuartos de legua de Werth. Entonces oímos gritar por todas partes: ¡Alto...! ¡Alto...! Los de retaguardia continuaban llegando; á las seis y media estaba reunido en el valle todo el ejército y se empezó á preparar el rancho.

«El general Hoche, á quien ví pasar con los descarados convencionales, iba riendo; las gentes se asombraban de vernos á aquella hora, como los de Anstatt al llegar los republicanos. Las casas son aquí tan pequeñas y pobres, que hubo que sacar dos mesas, y el general celebró consejo al aire libre con los oficiales superiores, mientras la tropa cocía lo que había llevado.

«El alto duró lo necesario para almorzar y volver á excavar los morrales. En seguida partimos en mejor orden.

«A las ocho, al salir del valle de Reichshofen, vimos á los prusianos atrinchados en las alturas de Fräschwiller y de Werth; eran más de veinte mil, y sus reducidos se elevaban unos sobre otros.

«Todo el ejército comprendió entonces que habíamos caminado tan de prisa para sorprender solos á los prusianos, porque los austriacos estaban á cuatro ó cinco leguas de allí, en la línea del Motter. A pesar de esto, como os ocultaré, queridos amigos, que aquella vista me impresionó terriblemente; cuanto más miraba, más imposible me parecía ganar la batalla. En primer lugar, nos aventajaban en número; además habían abierto fosos guarnecidos de empalizadas, y detrás veíamos los artilleros inclinados sobre los cañones observándonos; interminables líneas de bayonetas se prolongaban hasta el declive.

«Los franceses, con su carácter confiado, nada de esto veían y parecían muy contentos. Había circulado el rumor de que el general Hoche había prometido seiscientos francos por cada cañón tomado al enemigo; los soldados venían calándose el sombrero sobre la oreja, y gritaban, mirando á los cañones: «¡Para mí! ¡Para mí!» Su descuido y bromas me estremecían.

«La ambulancia, los carruajes de toda clase y los furgones vacíos para el transporte de heridos, quedamos á retaguardia, cosa que me produjo el mayor placer.

«La señora Teresa estaba á treinta ó cuarenta pasos adelante de mí. Acompañado de mis dos ayudantes, fui á reunirme á ella; estos ayudantes son un antiguo manco de botica y un dentista, que se han hecho cirujanos por autoridad propia; pero ya tienen experiencia, y con algunos estudios podrán llegar á ser algo. «La señora Teresa abrazaba á Juanito, que echó á correr para alcanzar al batallón.

«La izquierda y la derecha del valle estaba cubierta de caballería en buen orden. El general Hoche, en cuanto llegó, eligió por sí mismo el sitio de dos baterías sobre las colinas de Reichshofen; la infantería se detuvo en el centro del valle.

«Celebróse otro consejo, y en seguida se dividió la infantería en tres columnas; una pasó á la izquierda, dirigiéndose á la garganta de Reebach; las otras avanzaron á las trincheras con el fusil al brazo.

«El general Hoche con el Estado mayor se colocó en una eminencia, á la izquierda del valle. Lo que sucedió después, queridos amigos, aun me parece un sueño. En el momento en que llegaron las columnas al pie del declive, resonó espantoso fragor; todo se cubrió de humo: los prusianos habían roto el fuego con todas sus baterías. Disipándose á los pocos segundos el humo, vimos á los franceses más arriba; apretaban el paso y dejaban á la espalda muchos heridos, unos boca abajo, otros sentados y procurando levantarse.

«Los prusianos volvieron á disparar, y se oyó el grito terrible de los republicanos: «¡A la bayoneta!» Toda la montaña comenzó á relampaguear como un castillo de fuegos artificiales. Ya no veíamos, porque el viento arrojaba el humo hacia nosotros y no podíamos entendernos á cuatro pasos de distancia; tal era el estrépito de las descargas de fusilería y artillería y los gritos de los combatientes. Los caballos de nuestra caballería relinchaban y querían lanzarse á la lucha: estos animales son verdaderamente salvajes, aman el peligro, y costaba mucho trabajo contenerlos.

«De tiempo en tiempo se hacía un agujero en el humo y veíamos á los republicanos cogidos á las empalizadas; unos trataban de derribarlas á culatazos, otros buscaban paso: los comandantes, á caballo y levantando la espada, animaban á los soldados, y al otro lado se defendían los prusianos á bayonetazos, disparaban á las masas ó levantaban con ambas manos las baquetas de los cañones usándolas como mazas. ¡Aquello era espantoso! Un segundo después, el humo lo cubría todo, y no podía saberse cuál sería el desenlace.

«El general Hoche mandaba á los ordenanzas uno tras otro, llevando órdenes; partían estos como el viento, y entre el humo parecían sombras.

«La batalla se prolongaba y los republicanos comenzaban á retroceder, cuando el general bajó á galope desenfrenado; diez minutos después dominaban el fragor del combate los ecos de la *Marsellesa*, y los que habían retrocedido volvían á la carga.

«El segundo ataque comenzó más furioso que el primero. Los cañones tronaban y derribaban filas de hombres. Los republicanos avanzaban en masa; Hoche en medio de ellos. Nuestras baterías disparaban también contra el enemigo.

«Lo que pasó cuando los franceses volvieron á encontrarse en las trincheras no se puede describir. Si hubiese estado con nosotros el viejo Adam Schmitt, hubiera visto lo que se llama batalla terrible. Los prusianos demostraron allí que eran los soldados del gran Federico; bayonetas contra bayonetas; en tanto retrocedían los unos como los otros.

«Lo que decidió la victoria por los republicanos fué la llegada de la tercera columna sobre las alturas, á la izquierda de las trincheras; esta columna había rodeado el Reebach y salía del bosque á paso de carga. Cogidos entonces los prusianos entre dos fuegos, tuvieron que retirarse abandonando 18 cañones, 24 cajas y las trincheras llenas de muertos y heridos. (Se continuará).

## REVISTA GENERAL.

Si la situación anómala y extraordinaria por que el país atraviesa pudiera prolongarse, si el actual gobierno continuara en el puesto que tan indignamente ocupa, el país moriría de asfixia, si no le mataba su dolor ó terminaba sus días la dignidad ofendida, sus dolores encarnecidos y su libertad pisoteada.

Protestamos contra toda idea baja ó mezquina: la situación actual, la más horrible y desastrosa por que nuestro país ha atravesado, arranca lágrimas de dolor á nuestros ojos, enrojece nuestro rostro de vergüenza y hace palpar nuestro corazón á impulsos de la miseria, de la tiranía y del crimen.

La prensa, ese heraldado de la civilización, ese obrero incansable del progreso, esa gran palanca de la ilustración, se ve hoy día sujeta al capricho de un hombre sin pudor ni conciencia política, á un hystion ridículo, á un estadista de farsa que todo se lo debe á esa misma prensa á la que hoy trata de ahogar entre los brazos de hierro de la más insolente y estúpida de todas las tiranías: la tiranía del ignorante, del pígameo y del soberbio.

Redactores de *El Combate* y de *La Igualdad* purgan hoy en la cárcel del Saladero el horrible delito de haber dicho la verdad, de haber predicado la justicia y de haber defendido la libertad.

Diariamente, y sin duda en cumplimiento de órdenes superiores, ese papel que se llama *La Correspondencia* anuncia que el ministro de Gracia y Justicia se ocupa del establecimiento del Jurado para la prensa. ¡Qué sarcasmo tan horrible! Y en lugar de esperar como hombres dignos y liberales á que el Jurado se establezca, mostrándose benévolos para con los periodistas, pobres desdichados seres, que tan noble y honradamente ganan el pan de sus familias, y entre los cuales no hay ningún administrador de las célebres minas de *Guaracabulla*, ni siquiera un *contratista* de tabacos, se les denuncia y encarcela, privando así de todo sustento á sus ancianos padres y á sus pequeños hijos.

Y pensais de este modo hacer enmudecer á la prensa. ¡Ah! y qué poco conocéis á sus valerosos hijos; la prensa sobrevivirá á todas vuestras persecuciones, á todas vuestras miserias y á todos vuestros odios; y mientras un escritor independiente conserve la vida y tenga alientos, no vacilará en arrojar sobre vosotros toda la indignación de este gran pueblo, que al tenernos por gobernantes no pudo llegar á menos, así como vosotros jamás pudisteis soñar en elevaros á más.

Han terminado los escrutinios generales para diputados á Cortés, dando un total de 240 adictos, 50 radicales, 35 carlistas, 16 independientes, 9 moderados, y 46 federales, cuyos nombres transcribimos á continuación:

Castelar. — Pinedo (D. J.). — Salmerón. — Somolinos. — Sepúlveda. — Figueras. — Pi y Margall. — Boet. — Soler y Pía. — Puigjaner. — Torres. — Villalonga. — Pascual y Casas. — Vidal. — García Martínez. — Chermá. — Moreno Rodríguez. — Gutiérrez Agüera. — Costales. — Orense (A.). — Sanchez Yago. — García Lopez. — Blanc. — Gulló. — Galiana. — Estévez. — Salmerón. — Lapizburu. — Fernández

Cuervo. — Gonzalez Alegre. — Castelar. — Chao. — Martínez Bacia. — Riesco. — Gomez. — Gajigal. — Villamil. — Abarzuza. — Muro. — Sorní. — Guerrero. — Soler. — Gil Berges. — Lozano. — Ladico. — Rozas (por Canarias.)

En los senadores elegidos figuran el patriarca de la democracia española, José María Orense; el célebre Perez Guillen (el Enguerino) y el ex-general injuramentado Juan Contreras, representante por Lugo en la Asamblea federal.

A imitación de lo acontecido en las elecciones de diputados, la reunión de los compromisarios para elegir los senadores han sido verdaderas y sangrientas batallas, en que la oposición ha sido derrotada por los gobernadores, jueces y fuerza armada, los cuales prendian á los delegados de la oposición para *proteger* la libertad del sufragio.

Ahora bien: llegada la hora de la apertura de unas Cortes por tal procedimiento elegidas, ¿cuál debe ser la conducta de las oposiciones? En nuestra opinión franca, leal y desinteresada, el gobierno, con su arbitrariedad, escándalos, amañes é injusticias, les ha señalado el camino que deben seguir: presentarse, protestar y retraerse; otra cosa, es perderse y perdersen: á la conducta ilegal del gobierno no cabe otra respuesta: confiados en sus promesas, hemos ido al terreno legal, y de él nos han arrojado: protestemos, pues, en nombre del país, y dejemos á esa falange de presupuestivos en la soledad de la derrota y ante ese juez severo é inflexible que se llama el país, y que este juzgue despues y determine á cada uno la conducta que debe seguir.

Las partidas carlistas de que el gobierno nos habla son verdaderos fantasmas, que solo existen en su calenturienta imaginación. Por lo tanto, lo único que nosotros creemos es que hace mucho miedo...

Se dice que á cambio de la presidencia de las Cortes, que el Sr. Topete se *resignará* á aceptar, el Sr. Sagasta quedará de presidente sin cartera, entrando en Gubernación el célebre Candau, montpensierista de *pur sang*. La situación se agrava de día en día, y se cree que la reserva va á ser llamada al servicio activo. Las quintas deben celebrarse el primer domingo de Mayo, y parece que el gobierno teme que no se celebrarán: ¡Todo pudiera ser...!

El gabinete inglés ha sido derrotado por 159 votos contra 259 que han aprobado la proposición Massey, encaminada á disminuir las cargas que pesan sobre la propiedad territorial.

Inglaterra ha declarado que no admite arbitraje sobre las pérdidas indirectas del *Alabama*. Las huelgas de los campesinos continúan en aumento y preocupan seriamente la atención pública.

Segun el nuevo tratado postal celebrado entre Alemania y España, el porte de una carta sencilla entre Alemania y las Baleares ó Canarias se fija en 3 grossens.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1871. — Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.